

simio radio de acción de sus intereses (la traducción, el Holocausto, la cuestión judía, los fundamentos de la tragedia, las relaciones entre lenguaje y silencio en la modernidad, etc.), han despertado la desconfianza, el recelo o incluso el desprecio (¿tal vez la envidia?) de muchos de sus colegas en el mundo académico. A esto se suma el agravante del estilo de Steiner, rico en matices, trufado de referencias cultas, teñido de una cierta pedantería, pero sobre todo excesivo, enfático, lleno de un dramatismo que al lector culto anglosajón se le estomaga con facilidad. En esto Steiner tiene el dudoso honor de parecerse a Derek Walcott, cuyo último libro, *The Bounty*, fue reseñado con invariable y parecido recelo por los críticos británicos. Walcott, como Steiner, aunque en otro género, es un maestro de la hipérbole y el énfasis, y si hay algo que los británicos no perdonan, y que se me perdone el tópico, es el gesto enfático y la pérdida de la compostura.

Steiner ha reaccionado ante esta desconfianza con un creciente rencor, que ha terminado por permear su escritura. El lector que se asome a una futura traducción al castellano de *Errata* puede preguntarse a qué vienen los súbitos accesos de bilis y orgullo infantil que tienden a afear en ocasiones los argumentos entretijados del libro, habida cuenta de que en España sus escritos han gozado de un aprecio y una admiración constantes. Hay una tendencia en este libro a enumerar los muchos

e indiscutibles méritos de su autor, e incluso a recordar no muy sutilmente hasta qué punto es central el lugar que ocupa esta obra en el debate intelectual de los últimos cuarenta años. Su descripción de Gershom Scholem incluye, así, una característica muestra de *hubrys*: «Scholem había creado la disciplina de la cual era en aquel momento el maestro. (Él reconocía que yo me había entrenado a una situación semejante tras escribir *Después de Babel*.) (p. 133). Parecida gema emerge, más adelante, al hablar del trabajo de uno de sus alumnos, ahora ilustre lumbrera de una universidad norteamericana; «M. podía hacer nuevo lo antiguo. Aunque se sirve de mi propio trabajo, a menudo de modo transparente, la escritura de M. deja este hecho estrictamente sin mencionar. Otros patrones más útiles y mucho más a la moda están a mano. El resultado ha sido el estrellato universitario y la rúbrica de «genio». Los libros producidos no han respondido del todo a la promesa» (p. 142). Estas y otras mínimas puñaladas puntean de tanto en tanto el texto y sorprenden por lo inesperado del arranque, y sobre todo porque nada o casi nada en ensayos previos de Steiner hacía presumir estos ademanes de orgullo. Si bien en la nota previa a la segunda edición de *Después de Babel* y en *Presencias reales* Steiner exhibía una nueva agresividad también procuraba envolverla o disfrazarla por aquel entonces en el lenguaje, más civilizado, de la disputa intelectual.

Particularmente emotivo es, en este sentido, el capítulo dedicado a los profesores, colegas y estudiantes que han ayudado a Steiner a perfeccionar el diálogo que hay detrás de toda tarea intelectual: entre ellos destacan el ya mencionado Scholem y el poeta y crítico Allen Tate, además de nombres menos conocidos para el lector español pero igualmente destacables como Ernest Sirluck, Donald MacKinnon o Alexis Philonenko. Que puede haber impelido a Steiner a disfrazar los nombres de sus estudiantes con iniciales queda a la opinión del lector; parece claro, no obstante, que todos, como M., parecen haberle traicionado de un modo u otro.

Conviene detenerse por un instante en el título del libro, *Errata*, que sólo el último capítulo parece justificar plenamente. Este tranco final del libro adopta, en un inicio, el tono del perdón y la elegía («Errors grow more unbereable as they become irreparable»), pero pasa rápidamente a convertirse en una lista de logros incompletos o abortados. La lectura de esta lista tiene un efecto ambiguo: es evidente la sinceridad de Steiner cuando lamenta haber tocado tantos temas sin haberles dedicado el tiempo merecido, o cuando reconoce haber cometido errores por culpa de una urgencia excesiva a la hora de publicar y dar a conocer sus ideas. Y, sin embargo, ¿soy el único en detectar un más que asomo de orgullo en la enumeración *detallada* de sus contribucio-

nes, y en el énfasis con que reivindica su papel de precursor en áreas que son ahora del interés general? El mismo título del libro exuda, por otro lado, cierta falsa modestia, al referirse a una autobiografía espiritual que entiende la existencia como un todo orgánico donde cada idea y cada preocupación se apoya en el resto. Si nadie duda de su excepcional capacidad intelectual, ¿a qué la actitud defensiva?

Todo esto tiene relación, en última instancia, con un aspecto de la escritura de Steiner ya comentado: su estilo. Lo que en *La muerte de la tragedia* o *Después de Babel* era síntoma de sana urgencia y apasionamiento, empieza en *Presencias reales* a convertirse en *tic*: las disyuntivas dramáticas del argumento, el exceso retórico, la acumulación efectista de adjetivos y nombres en un intento (legítimo, por otro lado) de hacer justicia a la enormidad de ciertos asuntos y de tener en vilo al lector. A medida que ha crecido su interés en el judaísmo y en un acercamiento se diría «teológico» al texto literario, la prosa de Steiner ha empezado a adquirir conciencia de su propia importancia, y su autor ha dejado el tono estrictamente académico o incluso ensayístico para desplegar maneras de *man of letters* con cierto timbre entre oracular profético.

Es imposible, en última instancia, hacer justicia en una simple reseña a la variedad, complejidad y altura de las reflexiones de Steiner, habida cuenta, además, de que *Errata* no

aporta nada nuevo a la obra de su autor. Si acaso, este libro muestra el encomiable esfuerzo de Steiner por articular sus diversos intereses en un todo orgánico, situándolos al mismo tiempo en una escala de progresión del conocimiento donde la especulación filosófica de *Presencias reales* sería un punto de máxima afinación. En este sentido, parece claro que la materia de sus primeros libros le queda ya un poco lejos, y que no es capaz de invocar el mismo entusiasmo de antaño cuando habla de Paul Celan o de la relación entre silencio y modernidad o entre la crisis del lenguaje de principios de siglo y la muerte de las esperanzas y promesas ilustradas. Antígona o Heidegger, que son intereses más recientes, no tienen lugar en este libro, por exteriores tal vez al tono central de su argumento. El Holocausto sigue siendo una referencia inevitable, pero ahora el énfasis ha pasado por usos espúreos, como sucedió en los años del Tercer Reich y sigue sucediendo hoy en día en gran parte del mundo) a una consideración de la excepcionalidad de la cuestión judía y de la posible existencia de un ente divino como garantía de sentido. Según Steiner, de *Lenguaje y silencio* a *Errata* se da un trayecto entendido como progresión espiritual y como camino de perfección, lo que no deja de ser extraño en alguien que rechaza (muy acertadamente, por otra parte) la existencia de teorías literarias y la mera idea de progreso en el campo de las artes. Cabe

tener dudas, en efecto, sobre algunas de las intuiciones del último Steiner, tal vez debido a la creciente presencia de un misticismo de raíz talmúdica en su concepción de la lectura y la interpretación (que recuerda, curiosamente, al Harold Bloom de *El Canon occidental*), pero de lo que no cabe duda es de que, hoy por hoy, Steiner es parte de ese puñado escaso de pensadores que nos ayudan a situar y definir la tarea del intelecto en un mundo de cambios cada vez más rápidos y difíciles de aprehender en toda su complejidad. *Errata* es el retrato de una vida y de un hombre tal como ese hombre ha querido mostrar su vida, y ha sido el hombre, al fin, el que ha suscitado estas líneas. El autorretrato muestra, como no podía ser menos, contradicciones y zonas grises, que sorprenden por cuanto no habían visto nunca la luz. Pero la impresión más perdurable que deja esta autobiografía a su término es la de una apasionada defensa y apología razonada del pensamiento y la invención humana, que su autor encarna como pocos, hasta en el ocasional arranque de *hubrys*. Toda vez que no sobran apologías razonadas ni apólogos de la razón, quizá haya que agradecerle a George Steiner su persistencia en el diálogo con el lector, así como su preocupación constante por todo aquello que, aun en el límite de nuestro entendimiento, sea horror o poesía, nos define.

Jordi Doce

Ortega y Gasset y Leopoldo Zea*

El autor, Tzvi Medin, israelí, americano, formado en la UNAM, con varios libros sobre filosofía y cultura hispanoamericana en su haber, ha escrito un estudio comparado de dos figuras representativas —quizá las más— del pensamiento filosófico en español en el siglo veinte. El libro es un recorrido paralelo que va siguiendo un itinerario, el de la formación intelectual, los inicios y la madurez creadora, el destino y la «circunstancia» que transitaron los dos grandes filósofos de la cultura hispánica.

Las figuras de uno y otro pensadores representan para el autor el concepto de «jefatura espiritual», acuñado por el filósofo argentino Francisco Romero para definir la labor y la obra de Ortega y Gasset. El prestigio personal, la autoridad moral, la actividad pública y por supuesto un proyecto innovador respecto al destino de su comunidad de origen, y una visión de futuro que partiendo de los problemas

del presente los trascienda, serían las coordenadas que caracterizarían esa jefatura espiritual. La vida y obra de ambos filósofos los perfilan como acreedores a esa posición preeminente en la cultura, y en la conformación de un proyecto, integrador, en Ortega, y liberador, en Zea, para sus respectivas comunidades, aunque ni uno ni otro se quedarán en los límites de lo meramente nacional y propondrán como objetivo último trascenderlos en lo universal.

Con treinta años de diferencia, desde una y otra orilla del Atlántico, y sin haber llegado a conocerse personalmente, fundamentaron su quehacer filosófico en el perspectivismo circunstancialista —asimilado por Zea a través de los escritos de Ortega—, para desarrollarlo, a lo largo de sus vidas de estudio y creación, en una obra filosófica muy diferente, como diversos eran el imperativo ético y circunstancial de cada uno. Si Ortega fue «el espectador» de la hora de España y las perspectivas de Europa, Zea fue «el militante» de un pensamiento que integra humanismo y liberación para Latinoamérica. Tzvi Medin estructura su estudio historiosófico exponiendo situaciones (circunstanciales) personales y actitudes que adoptaron ambos filósofos, confrontando las respuestas de cada uno, pero además incluye esporádi-

* *Tzvi Medin, Entre la jerarquía y la liberación, México, F.C.E., 1998.*